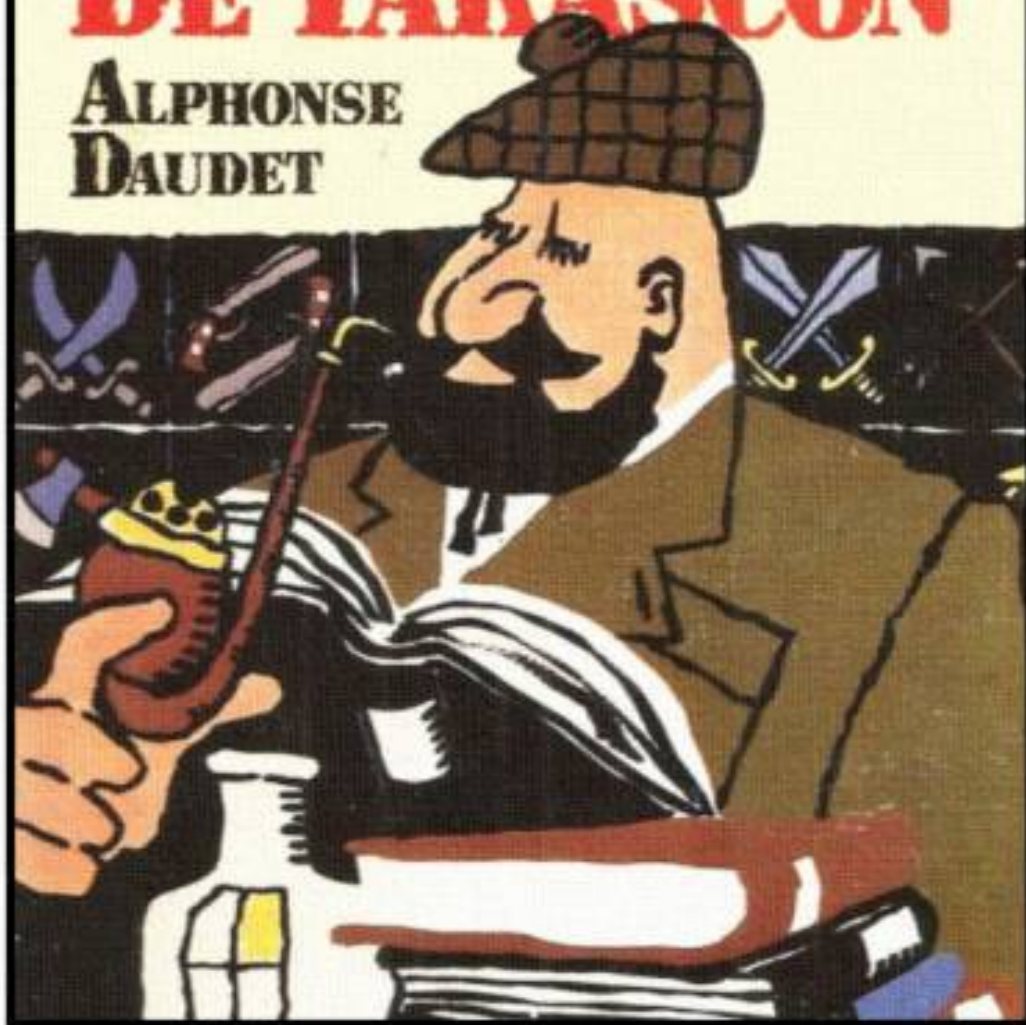


**TUS
LIBROS**



**AVENTURAS PRODIGIOSAS DE
TARTARIN
DE TARASCON**

**ALPHONSE
DAUDET**



Tartarín de Tarascón, el mitómano y fantasioso Tartarín, usando y aun abusando de los efectos que el espejismo produce en los calenturientos cerebros de los tarasconeses, se ha ganado fama de intrépido aventurero y hasta de audaz vapuleador de bandoleros chinos en Shangháí. Pero un día el espejismo deja de funcionar y Tartarín se ve obligado a marchar a tierras argelinas a la caza de leones inexistentes. Las aventuras africanas de Tartarín, con su dosis de humor, ironía e incluso sátira del régimen colonial, mantienen el interés del lector en todo momento, que se encariña con este héroe en zapatillas, entrañable y curiosa mezcla de don Quijote y Sancho.



ALPHONSE DAUDET (1840-1897)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original francés en su primera edición publicada en París por E. Dentu en 1872. Las ilustraciones, originales de Gerardo Dominguez Amorín, han sido realizadas expresamente para esta edición.

A mi amigo
GONZAGUE PRIVAT

Episodio primero

EN TARASCÓN

I El jardín del baobab

La fecha de mi primera visita a Tartarín de Tarascón ha quedado grabada en mi vida de forma inolvidable; aunque han transcurrido doce o quince años desde entonces, me acuerdo de ello mejor que de lo que me aconteció ayer. El intrépido Tartarín vivía en aquel entonces a la entrada de la ciudad, en la tercera casa, a mano izquierda, del camino de Aviñón. Pequeña y bonita villa tarasconesa, con jardín delante, balcón detrás, paredes muy blancas, persianas verdes y, en el umbral de la puerta, una pandilla de pequeños saboyanos^[1] que jugaban al tres en raya o dormían al sol, con la cabeza recostada en sus cajas de limpiabotas.

Por fuera, la casa no llamaba la atención. Nunca habiéramos podido creer que estábamos ante la morada de un héroe. Pero, una vez dentro, ¡vaya, vaya!

De la bodega al desván, todo el edificio tenía un aire heroico, ¡incluso el jardín!...

¡Oh, el jardín de Tartarín! No había dos como él en Europa. Ni un solo árbol del país, ni una flor de Francia; solamente plantas exóticas: gomeros, taparos^[2], algodoneros, cocoteros, mangos, plátanos, palmeras, un baobab, pitas, cactus, chumberas, le trasladaban a uno al corazón del África central, a diez mil leguas de Tarascón. Mas, naturalmente, nada de esto era de tamaño natural; los cocoteros, por ejemplo, apenas si eran más grandes que remolachas, y el baobab (árbol gigante, *arbor gigantea*) se acomodaba perfectamente en un tiesto de reseda^[3]. Pero ¡qué más da! Para Tarascón estaba bastante bien, y los habitantes de la ciu-

dad, a quienes cabía el honor, el domingo, de contemplar el baobab de Tartarín, salían de la visita totalmente admirados.

¡Imagínense la emoción que debí experimentar el día en que recorrí este mirífico jardín...! No me aconteció lo mismo cuando penetré en el despacho del héroe.

Este despacho, una de las curiosidades de la ciudad, se encontraba al fondo del jardín, y se abría, al nivel del baobab, mediante una puerta de cristales.

Figúrense una gran estancia, tapizada de fusiles y de sables de arriba abajo; todas las armas de todos los países del mundo: carabinas, rifles, trabucos naranjeros^[4], navajas de Córcega, navajas catalanas, cuchillos-revólver^[5], puñales, cris malayos^[6], flechas caribes, flechas de sílex, manoplas con púas, porras, mazas hotentotes, lazos mejicanos..., ¡qué sé yo!

Todo ello bañado por un sol radiante que hacía brillar el acero de las espadas y las culatas de las armas de fuego, como para ponerlos aún más la carne de gallina... Mas se tranquilizaba uno un poco al comprobar el orden y la limpieza que reinaba en toda aquella yataganería^[7]. Todo estaba allí ordenado, cuidado, cepillado, etiquetado como en una farmacia; de vez en cuando un letrerito inocente, que decía:

Flechas envenenadas. ¡No tocar!

O:

Armas cargadas. ¡Cuidado!

Sin estos letreros, jamás habría osado entrar.

En el centro del despacho había un velador. Sobre el velador, una botella de ron, una petaca turca, los *Viajes del*

capitán Cook, las novelas de Cooper, de Gustave Aymard^[8]; relatos de caza: caza del oso, caza con halcón, caza del elefante, etc...

En fin, delante del velador estaba sentado un hombre, de cuarenta a cuarenta y cinco años, pequeño, grueso, rechoncho, coloradote, en mangas de camisa, con pantalones de franela, poblada y corta barba y ojos ardientes; tenía un libro en una mano, mientras en la otra esgrimía una enorme pipa con tapadera de hierro, y, mientras leía no sé qué formidable relato de cazadores de cabelleras, hacía, avanzando su labio inferior, una terrible mueca, que daba a su bravo rostro de pequeño rentista tarasconés ese mismo carácter de bonachona ferocidad que reinaba en toda la casa.

Este hombre era Tartarín, Tartarín de Tarascón, el intrépido, el grande, el incomparable Tartarín de Tarascón.



II

Vistazo general sobre la buena ciudad de Tarascón.— Los cazadores de gorras

En la época de que os hablo, Tartarín de Tarascón no era aún el Tartarín que conocemos hoy, el gran Tartarín de Tarascón, tan popular en todo el Mediodía francés. Sin embargo, era ya el rey de Tarascón.

Explicuemos de dónde le venía esta realeza.

Habréis de saber, en primer lugar, que allí todo el mundo es cazador, desde el más grande al más chico. La caza es la pasión de los tarasconeses, y ello desde los tiempos mitológicos en que la tarasca^[1] hacía de las suyas en los pantanos de la ciudad, donde los tarasconeses de entonces organizaban batidas contra ella. Hace ya mucho tiempo, como podéis ver.

De modo que todos los domingos por la mañana Tarascón toma las armas y sale de sus muros, el morral a la espalda, la escopeta al hombro, con gran algarabía de perros, hurones, trompas, cuernos de caza. Un espectáculo soberbio... Por desgracia, no hay caza, no hay caza en absoluto.

Comprended que, por animales que sean los animales, han acabado a la larga por escamarse.

A cinco leguas en torno a Tarascón, las madrigueras están vacías, los nidos abandonados. Ni un mirlo, ni una codorniz, ni el menor gazapo, ni la más pequeña chocha^[2].

No obstante todo lo cual, las lindas y suaves colinas tarasconesas, perfumadas profusamente de mirto, de lavanda, de romero, son bien tentadoras; y esas hermosas uvas

moscatel, henchidas de azúcar, que se escalonan a orillas del Ródano^[3], son también tan demoníacamente apetitosas... Sí, pero detrás está Tarascón, y, en el mundillo del pelo y de la pluma, Tarascón está mal visto. Las mismas aves de paso lo han marcado con una cruz grande en sus hojas de ruta, y cuando los patos salvajes —que descienden hacia la Camarga en grandes formaciones triangulares— avistan de lejos los campanarios de la ciudad, el que va en cabeza se pone a gritar con todas sus fuerzas: «¡Ahí está Tarascón! ¡Ahí está Tarascón!». Y toda la bandada da un rodeo.

En resumen, en materia de caza no queda en el país más que una vieja y astuta liebre, que ha escapado, como de milagro, a las «septembrizadas»^[4] tarasconesas, ¡y que se obstina en vivir allí! Esta liebre es muy conocida en Tarascón. Le han puesto un nombre. La llaman *La Rápida*. Se sabe que tiene su madriguera en las tierras del señor Bompard —lo cual, entre paréntesis, ha doblado, e incluso triplicado, el precio de estas tierras—, pero nadie ha podido cazarla aún.

Hoy por hoy, solo dos o tres empecinados la persiguen encarnizadamente.

Los demás han renunciado, y *La Rápida* ha adquirido, desde hace mucho tiempo, la categoría de superstición local, a pesar de que el tarasconés es, por naturaleza, muy poco supersticioso y de que come las golondrinas guisadas, cuando las encuentra.

¡Vamos!, me diréis, si la caza es tan rara en Tarascón, ¿qué es lo que hacen los cazadores tarasconeses todos los domingos?

¿Que qué hacen? ¡Pues, señor!, se van al campo, a dos o tres leguas de la ciudad. Se reúnen en grupitos de cinco o seis, se tumban tranquilamente a la sombra de un pozo, de una vieja pared, de un olivo; sacan de sus morrales un buen trozo de buey en adobo, cebollas crudas, un saucis-

sot^[5], algunas anchoas, y comienzan un almuerzo interminable, regado por uno de esos vinillos del Ródano que hacen reír y cantar.

Después de lo cual, cuando se han llenado bien el buche, se levantan, silban a los perros, cargan las escopetas y se ponen a cazar. Es decir, que cada uno de estos señores coge su gorra, la lanza al aire con todas sus fuerzas y le tira al vuelo —con munición del 5, del 6 o del 2—, según se haya convenido.

El que acierta más veces a su gorra se proclama rey de la caza, y entra como triunfador por la tarde en Tarascón, con la gorra acribillada en lo alto del cañón de la escopeta, entre ladridos y fanfarrias.

Es inútil que os diga que en la ciudad se desarrolla un activo comercio de gorras de caza. Hay incluso sombrereros que las venden ya agujereadas y desgarradas para los malos tiradores; pero, que se sepa, solo las compra Bézuquet, el boticario. ¡Qué deshonra!

Tartarín de Tarascón no tenía rival como cazador de gorras. Todos los domingos por la mañana salía con una gorra nueva: todos los domingos por la tarde volvía con un pinjajo. Los graneros de la casita del baobab estaban llenos de estos gloriosos trofeos. Por eso, todos los tarasconeses le reconocían como su maestro, y, como Tartarín conocía a fondo el código del cazador, puesto que había leído todos los tratados, todos los manuales de todas las cazas posibles, desde la caza de gorras hasta la del tigre birmano, estos señores le habían erigido en supremo juez cinegético, y lo tomaban por árbitro en todas sus discusiones.

Todos los días, de tres a cuatro, se veía en casa del armero Costecalde a un hombre grueso, grave y con la pipa entre los dientes, sentado en un sillón de cuero verde, en medio de la tienda, llena de cazadores de gorras, todos de pie y discutiendo. Era Tartarín de Tarascón, Nemrod^[6] en figura de Salomón, que impartía justicia.



III

«¡Nan! ¡Nan! ¡Nan!».- Continuación del vistazo general sobre la buena ciudad de Tarascón

La fuerte raza tarasconesa une a la pasión por la caza otra pasión: la de las romanzas. Es increíble el consumo de romanzas que se hace en aquel pequeño país. En Tarascón se encuentran, en plena juventud, en pleno esplendor, todas las antiguallas sentimentales que amarillean en los más viejos cartapacios. Allí se conservan todas, todas. Cada familia tiene la suya, y esto se sabe en el pueblo. Se sabe, por ejemplo, que la del boticario Bézuquet es:

¡Tú, blanca estrella que adoro!

La del armero Costecalde:

¿Quieres venir al país de las cabañas?

La del registrador de la propiedad:

Si fuera invisible, nadie me vería
(coplilla cómica)

Y así se podría ir nombrando a todo Tarascón.

Dos o tres veces por semana, se reúnen unos en casa de otros y *las* cantan. Lo que hay de singular en ello es que, a pesar de que son siempre las mismas y de que se cantan desde hace muchísimo tiempo, estos bravos tarasconeses no sienten jamás el deseo de cambiarlas. Se transmiten en las familias de padres a hijos, sin que nadie ose tocarlas. Es algo sagrado. Ni siquiera se prestan nunca. Jamás se les